

16

COLECCIÓN DE
INVESTIGACIONES
EN DERECHO

John Steinbeck y la comunidad por venir

Alejandro Gómez Restrepo, Esteban González Jiménez, Fabio Leite de Castro
Guilherme Primo, Gabriel Augusto Tosse Anaya, Hernando Blandón Gómez
José Roberto Álvarez Múnica, Marlon Vargas Patiño, Óscar Alfredo Muñiz
Samir Ahmed Dasuky Quiceno, Sara Méndez Niebles

Esteban González Jiménez (compilador)



Grupo de Investigación
sobre Estudios Críticos
Proyecto de investigación
Gramáticas del conflicto y la paz



813
S819Zg

González Jiménez, Esteban, compilador
John Steinbeck y la comunidad por venir / Esteban González
Jiménez – 1 edición -- Medellín: UPB, 2020. 148 p: 17 x 24 cm.
(Colección de Investigaciones en Derecho)
ISBN: 978-958-764-797-6 / 978-958-764-798-3 (versión web)

1. Steinbeck, John, 1902 – 1968 -- Crítica e interpretación --
2. Literatura – Estados Unidos – Crítica e interpretación --
3. Literatura y sociedad -- I. Título – (Serie)

CO-MdUPB / spa / rda
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Alejandro Gómez Restrepo
© Esteban González Jiménez
© Fabio Leite de Castro
© Guilherme Primo
© Gabriel Augusto Tosse Anaya
© Hernando Blandón Gómez
© José Roberto Álvarez Múnera
© Marlon Vargas Patiño
© Oscar Alfredo Muñoz
© Samir Ahmed Dasuky Quiceno
© Sara Méndez Niebles
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

John Steinbeck y la comunidad por venir

ISBN: 978-958-764-797-6
ISBN: 978-958-764-798-3 (versión web)
DOI: <http://doi.org/10.18566/978-958-764-798-3>
Primera edición, 2020
Escuela de Derecho y Ciencias Políticas
Grupo de Investigación sobre Estudios Críticos
Proyecto de investigación Gramáticas del conflicto y la paz
Radicado CIDI 905B-09-17-77

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano Escuela de Derecho y Ciencias Políticas: Jorge Octavio Ramírez Ramírez

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Sissi Tamayo Chavarriaga

Corrección de Estilo: Fernando Aquiles Arango

Imagen Portada: Pixabay

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2020

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 1902-18-09-19

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.



El cambio de discurso en la novela *La luna se ha puesto*, de John Steinbeck

Samir Ahmed Dasuky Quiceno¹

Oscar Alfredo Muñiz²

“La luna siempre vuelve a salir para los pueblos que resisten”

“¡Las moscas conquistan el papel cazamoscas!”

¹ Doctor en Filosofía y Magíster en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Especialista en Ética de la misma Universidad. Psicólogo de la Universidad de San Buenaventura. Docente de la Universidad Pontificia Bolivariana. Perteneció al grupo de investigación Ecosofía en Pueblo Bello: Memoria, restitución subjetiva y transformación social y al grupo Epimeleia de la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. samir.dasuky@upb.edu.co orcid.org/0000-0003-3116-3606. Dirección postal 050004. Medellín-Colombia.

² Especialista en Psicología clínica con énfasis en Salud mental de la Universidad Pontificia Bolivariana. Psicólogo de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Docente de la Facultad de Psicología en pregrado y postgrado de la Universidad Pontificia Bolivariana. Miembro actual de las líneas de investigación Violencia intersubjetiva y Subjetividad y salud mental de la Universidad Pontificia Bolivariana. oscar.muniz@upb.edu.co orcid.org/0000-0002-0757-1194. Dirección postal 050004. Medellín-Colombia.

La luna se ha puesto (1942) es una novela escrita por John Steinbeck, (Salinas, California) publicada en 1942, un año después de que los Estados Unidos entran a participar en la Segunda Guerra Mundial. El editor de la novela plantea una síntesis apropiada sobre el relato, la cual tomamos para contextualizar al lector:

Tomada por sorpresa, una pequeña ciudad costera con poca capacidad de resistencia es sometida por un ejército invasor. La ciudad es importante porque es el puerto que sirve a una gran mina de carbón. El Coronel Lanser, el jefe del batallón invasor, junto con su personal, establece su cuartel general en la casa del democráticamente electo y popular Intendente. Inspirada en las luchas ideológicas y los conflictos armados de nuestro tiempo, la novela recrea el tenso ambiente de un pueblo recién invadido. En una época imprecisa, un pueblo sin localización concreta y un ejército anónimo protagonizan una guerra que bien pudiera ser cualquiera. Se trata del drama de unos vencedores que se saben vencidos, que pueden matar pero no imponerse, que se abruman frente a la enconada hostilidad, la fingida sumisión, la solapada resistencia y por último, la violencia liberadora de un pueblo que se considera independiente. «La luna siempre vuelve a salir para los pueblos que resisten», nos dice el autor, mediante una escritura épica que se vuelve contundente en su propia sencillez (Steinbeck, 1942, pp. 2-4)

1. Caracterización de los personajes militares

Steinbeck caracteriza de manera general pero clara cada uno de los personajes militares, les imprime una personalidad a cada uno con sus rasgos propios: profesión, forma de ser, gustos, pasiones, manera de relacionarse con los otros.

El mayor Hunter, por ejemplo, es un calculador y clasificador. El escritor lo describe de la siguiente manera:

[...] fuerte en números, hombrecillo que por ser un ente en quien se podía confiar clasificaba a los demás en personas que no tenían derecho a vivir, era ingeniero, pero, salvo en caso de guerra, a nadie se le hubiera ocurrido darle mando, pues ponía a los hombres en hilera, como si fueran números, y los sumaba, restaba y multiplicaba. Era más bien un aritmético que un

matemático. Jamás le había entrado en la cabeza el humorismo, la música o el misticismo de las matemáticas superiores. Los hombres podrían tener distinta estatura, peso o color, se podrían diferenciar como el 6 del 8, pero, aparte eso, había entre ellos pocas diferencias. (Steinbeck, 1942, pp. 70-71)

El capitán Bentick, a su vez, es un simulador, Steinbeck lo caracteriza como:

[...] un hombre que amaba la vida de familia, los perros, los niños sonrosados y las Navidades. Demasiado viejo para no ser nada más que capitán, su falta de ambición le había impedido ascender de esa graduación. Antes de la guerra admiraba extraordinariamente a los terratenientes ingleses, vestía trajes ingleses, tenía perros ingleses, fumaba en pipa inglesa una mezcla que le enviaban de Londres, estaba suscrito a revistas de agricultura inglesas y se pasaba la vida discutiendo sobre los respectivos méritos de los setters ingleses y de los setters Gordon.

Además, pasaba las vacaciones en Sussex y le gustaba que en Budapest o en París lo tomaran por inglés. La guerra cambió todo eso exteriormente, pero el capitán Bentick había fumado demasiado tiempo en pipa y había usado bastón demasiado tiempo para renunciar demasiado bruscamente a esas cosas.

Cinco años antes había escrito al Times una carta sobre la desaparición del pasto en los Midlands y la había firmado Edmund Twitchell, Esq.; y lo que es más, el Times la había publicado. (Steinbeck, 1942, pp. 71-73)

El capitán Loft es un militar demasiado joven y conocedor de sus deberes. En la novela es descrito de esta manera:

[...] era todo lo capitán que uno se pueda imaginar. Vivía y respiraba capitánía. No tenía momentos civiles. Una potente ambición le había hecho ascender rápidamente. Subió como sube la crema en la leche. Juntaba los talones con la perfección de un bailarín. Conocía todas las reglas de la cortesía militar e insistía en aplicarlas. Los generales le temían porque de conducta militar sabía más que ellos. Creía que el grado más elevado de la evolución animal es el soldado. Si pensaba en Dios, pensaba en Él como en un viejo general cargado de honores, retirado y cano, que vivía de recuerdos de batallas y para depositar coronas de flores en las tumbas de sus oficiales

varias veces al año. Creía también que todas las mujeres se enamoraban de un uniforme, y no comprendía cómo podía ser de otra manera. En el curso normal de los acontecimientos hubiera llegado a general de brigada a los cuarenta y cinco años, y se habría visto retratado en los diarios ilustrados, entre mujeres altas, pálidas y masculinas, tocadas con sombreros de ala ancha adornados con encajes. (Steinbeck, 1942, pp. 73-75)

Los tenientes Prackle y Tonder son jóvenes idealistas de un sistema político, sugiere Steinbeck, diríamos nosotros que es el de su tiempo marcado por la figura del Amo. Ellos son:

[...] dos mocosos, estudiantes de universidad, formados en la política actual, tenían tal fe en el nuevo gran sistema inventado por un genio, que nunca se habían tomado la molestia de comprobar sus resultados. Jóvenes sentimentales, se abandonaban con facilidad a las lágrimas y a la furia. (Steinbeck, 1942, pp. 75-76)

El teniente Prackle, es un imitador de las conductas del superior, purista en el arte. Como afirma Steinbeck:

[...] guardaba en la parte posterior del reloj un rizo de pelo envuelto en un pedacito de seda azul, pero como el pelo se escapaba y se enredaba constantemente en el áncora, para saber la hora tenía que llevar un reloj de pulsera. Bailarín profesional en su vida civil, a pesar de ser un chico alegre, sabía fruncir el ceño como el Líder y cavilar como el Líder.

Odiaba el arte degenerado y había destrozado varios lienzos con sus propias manos. Le solían salir tan bien en los cabarets los apuntes a lápiz, que muchas veces le habían dicho que se debía haber dedicado al arte. Tenía varias hermanas rubias y estaba tan orgulloso de ellas que una vez que creyó que las habían insultado armó un tremendo escándalo [...] La mayor parte del tiempo que tenía libre la pasaba soñando en seducir a la hermana del teniente Tonder. (Steinbeck, 1942, pp. 76-77)

El teniente Tonder, por el contrario, es un romántico melancólico que imaginaba como sería su entierro:

[...] poeta amargo que soñaba en el amor perfecto e ideal que un joven idealista puede sentir por una muchacha pobre. Romántico, de un romanticismo impreciso, su visión era tan amplia como su experiencia. A veces hablaba mentalmente en verso libre con imaginarias mujeres morenas. Soñaba con morir en el campo de batalla, y veía en el fondo a sus padres llorando, y al Líder, animoso pero triste ante la juventud que moría. Se imaginaba frecuentemente cómo sería su muerte, iluminada por un rubio sol de ocaso que reluciría en los rotos arreos militares. Rodeado de sus hombres con la cabeza baja, sobre una densa nube galoparían las valquirias de pecho opulento, madres y amantes en una sola pieza, mientras a lo lejos estallaba un trueno. Sabía hasta las palabras precisas que diría al morir. (Steinbeck, 1942, pp. 78-79)

El coronel Lanser era el líder del grupo, apegado a las órdenes de sus superiores era

el único que de todos ellos sabía realmente lo que era la guerra [...] Se decía a sí mismo que él era un soldado a quien le daban órdenes que tenía que cumplir, y que no esperaban de él que las analizara, ni que pensara, sino que las cumpliera (Steinbeck, 1942, p. 81)

Lo anterior nos sugiere dos cosas: la primera es que cada uno de los personajes tiene su propia caracterización, es decir, que se distinguen por un rasgo particular. Sin embargo, si tomamos esos rasgos y los sumamos en un solo personaje, este tendría la tipología de un hombre calculador, simulador, cumplidor del deber, imitador, romántico y melancólico, que se asemeja a lo que Bilbeny (1995) denomina “el idiota moral” y su correlato del mal, el mal banal. No obstante, la figura de la novela de Steinbeck que recuerda esta tipología es el coronel Lanser.

Bilbeny (1995) indica que “el siglo XX ha descubierto que la maldad es cosa de pura rutina, para lo cual solo hay que anestesiarse el sentimiento” (p. 57), lo que se pretende es acabar con la empatía o los lazos afectivos entre las personas, como muy bien lo narra Steinbeck en el diálogo entre el coronel Lanser y el teniente Prackle quien quería entablar una relación con una chica del pueblo ocupado: “En cuanto a la chica, teniente, puede usted

violarla, o protegerla, o casarse con ella... Nada de eso tiene importancia con tal de que esté dispuesto a matarla cuando se le ordene”. (Steinbeck, 1942, p. 323)

Los vínculos se dan por obediencia con la figura del Líder y no de manera espontánea. Lo que se pretende es crear una apatía moral frente al sufrimiento del otro generada por la exigencia al cumplimiento del deber como muy bien lo expresa Lanser: “Mi labor militar y política tiene ciertas tendencias y ciertas prácticas invariables.[...] podría incluso añadir que una de las tendencias del espíritu y de la mentalidad militar consiste en la incapacidad para aprender, en la incapacidad para ver más allá del matar que constituye nuestra labor” (Steinbeck, 1942, pp. 164-165).

Esta incapacidad hace referencia a la “incapacidad de pensar” (1995, p. 74). Bilbeny citando el diálogo de Platón Teeteto sobre qué es el pensamiento, recuerda que Sócrates le responde a Teeteto: el pensamiento es el “discurso que el alma tiene consigo misma sobre las cosas que somete a su consideración” (1995, p. 77), lo anterior implica reflexión que no solo es intelectual sino fundamentalmente moral, es decir, que el pensar es un pensar moral que relaciona al bien y al mal. El Coronel Lanser es paradigmático de esta forma de ausencia de pensamiento cuando pide la ejecución de uno de los mineros: “no soy hombre que se abandona a los recuerdos. Al minero hay que fusilarlo en público, porque la teoría es que así otros se abstendrán de matar” (Steinbeck, 1942, p. 165),

Hannah Arendt (2003) también toma otro ejemplo paradigmático cuando se refiere a Eichmann y su ausencia de pensamiento. La filósofa afirmaba que “Cuanto más se le escuchaba, más evidente era que su incapacidad para hablar iba estrechamente unida a su incapacidad para pensar, particularmente, para pensar desde el punto de vista de otra persona” (p. 13).

Y la segunda, Steinbeck describe las diferentes formas de ser de cada uno de los militares, pero paradójicamente la institucionalidad militar trata de homogenizarlas, de borrar las diferencias, pero hay algo en cada uno de ellos que se resiste a que sea de esa manera, algo que los saca de la formación de la masa.

2. Psicoanálisis y lazo social

El psicoanálisis, desde Freud, ha mostrado un interés particular por la cultura y por las relaciones que establecen los sujetos entre sí. Dentro de los diferentes textos sobre el tema, hay dos que resaltan por sus aportes a la reflexión de la relación entre el sujeto y los grupos, el sujeto y la cultura, respectivamente: *Psicología de las masas y el análisis del yo* publicado en 1921 y *El malestar en la cultura* escrito en 1929 y publicado en 1930.

Ya en *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud afirmaba con respecto al vínculo humano, a la relación del sujeto con el otro, como también al falso intento por separar al sujeto y a lo social, que:

La oposición entre psicología individual y psicología social o de las masas, que a primera vista quizá nos parezca muy sustancial, pierde buena parte de su nitidez si se la considera más a fondo. Es verdad que la psicología individual se ciñe; al ser humano singular y estudia los caminos por los cuales busca alcanzar la satisfacción de sus mociones pulsionales. Pero solo rara vez, bajo determinadas condiciones de excepción, puede prescindir de los vínculos de este individuo con otros. En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo. (1992, p. 67)

Jacques Lacan, psicoanalista contemporáneo que plantea un retorno a Freud, tampoco es ajeno a la teorización sobre la cultura y lo social, que él denominó Discurso y al cual dedica, entre otros textos sobre el tema, el Seminario 17, dictado en 1969-1970. Dicho seminario se titula *El reverso del psicoanálisis*.

Lacan (1992) define el discurso como aquello que permite hacer lazo social (p. 41). Es decir, la manera de hacer vínculo y a la vez lo que vincula los seres humanos. El lazo social también implica que el discurso es una regulación de los goces y las satisfacciones humanas, en tanto que dependiendo de cada discurso se aceptan, proscriben o prescriben ciertos goces.

Lacan plantea 4 discursos y su manera particular de relación: el Discurso del Amo, relación entre el amo y el esclavo; el Discurso Universitario, entre el maestro que posee el saber de las bibliotecas y el alumno que aprende; el Discurso de la Histeria, el sujeto dividido que sufre con su cuerpo y lo muestra al otro para que sea tratado y; el Discurso del Analista, alguien quien habla y el otro quien escucha (Soler, 2001, p. 144),

Ahora bien, el siglo XX está marcado por diferentes guerras, conflictos armados, que si bien en ocasiones generan lazos de solidaridad, por otro lado estos sucesos son la muestra patente del lazo social violento, de sometimiento, aniquilación y exterminio masivo: guerras civiles, guerras de independencia, revoluciones, rebeliones, invasiones y ocupaciones, conflictos armados, de las grandes guerras, la primera y segunda guerras mundiales.

Estos hechos van aparejados de grandes líderes políticos-militares como Franco en España, Hitler en Alemania, Stalin en Rusia, Mussolini en Italia, Hirohito en Japón, también se podría agregar a la lista posteriormente las dictaduras establecidas en América Latina y África por dar algunos ejemplos, que orientan a grandes masas a través de ideales y valores.

Freud en la *Psicología de las masas* analiza dos masas de lo que él llama artificiales: iglesia y ejército, que tienen el carácter de ser duraderas y no efímeras en el tiempo, homogéneas, artificiales, organizadas y que poseen un líder (1992, p. 89). En el ejército:

Cada capitán es el general en jefe y padre de su compañía, y cada suboficial, el de su sección. Una jerarquía similar se ha desarrollado también en la Iglesia, es cierto, pero no desempeña en ella este mismo papel económico, puesto que es lícito atribuir a Cristo un mayor saber sobre los individuos y un cuidado mayor por ellos que al general en jefe humano. (1992, p. 90)

La masa puede estar cohesionada por la figura del líder, en el caso de los ejércitos puede prescindir de los ideales para su cohesión, pero también puede estar unida por una idea sin un líder, como patria, nación, hoy por seguridad, Derechos Humanos, libertad, entre otros, pero es posible pensar también la unión del líder y los ideales.

La masa militar prescinde de la singularidad y de los afectos propios de cada sujeto que no estén en sintonía con la función que se ha de ejercer, es decir, que exige el autosacrificio de lo más íntimo de cada uno. El coronel Lanser le dice al teniente Prackle:

Ahora le voy a decir una cosa que creo que comprenderá. Usted ya no es un hombre; es usted un soldado. Sus preocupaciones no tienen importancia, teniente, y tampoco su vida tiene mucha. Si sobrevive, tendrá recuerdos. Eso es casi lo único que le quedará. Entretanto tiene usted que cumplir las órdenes que se le den. La mayoría de ellas serán desagradables, pero eso no es asunto suyo. No quiero mentirle, teniente. Le debieran haber preparado para esto, y no para desfiles bajo una lluvia de flores. Le debieran haber preparado el alma para la verdad, y no engañarle con mentiras. —Y en tono más duro añadió—: Pero usted aceptó la obligación, teniente, y tiene que decidir si va a continuar o si quiere irse. No podemos ocuparnos de su alma. (Steinbeck, 1942, p. 322)

Los líderes encarnan la figura de amo-padre, que logra colectivizar a grandes poblaciones y los orientan con ideales que vienen a ocupar sus aspiraciones ideales. Estas masas presentan una estructura vertical-jerárquica entre el jefe y los subordinados y también presenta relaciones de horizontalidad entre los subordinados. Freud ya lo indicaba en *Psicología de las masas* cuando mostraba los lazos de unión entre los miembros de la masa del ejército:

Es evidente que el soldado toma por ideal a su jefe, en rigor al conductor del ejército, al par que se identifica con sus iguales y deriva de esta comunidad del yo los deberes de la ayuda mutua y el reparto de bienes, que la camaradería implica. Pero se pone en ridículo cuando pretende identificarse con el general en jefe. (1992, p. 127)

En la novela *La luna se ha puesto*, Steinbeck evidencia el cambio del discurso: la mutación del discurso amo al discurso del capitalismo (Lacan. 1972). La novela da la apariencia del discurso del amo porque muestra una invasión militar con las lógicas propias de esta institución y por el contexto en que se publica la novela, pero lo que revela es que la organización de la tropa no se da por el amo con sus ideales políticos o humanistas ni tampoco

por la figura del líder, quien es agente de algo que está más allá de él mismo: el capitalismo.

Steinbeck muestra claramente el motivo de la invasión, esta “tiene mucho de asunto comercial. Necesitamos la mina de carbón y la pesca” (Steinbeck, 1942, p. 52) o en palabras del Coronel Lanser “Yo tengo más de ingeniero que de militar. Para mí, todo esto es más una empresa de ingeniería que una conquista. Hay que extraer carbón y embarcarlo. Tenemos técnicos [...]” (Steinbeck, 1942, p.55).

Lo que está detrás del coronel Lanser son las empresas y el mercado, discurso del capitalismo, que gobierna y genera una nueva forma de lazo social, donde ya no son necesarias ni la figura del líder y los ideales que logran colectivizar a grandes poblaciones. Los ideales morales y políticos son sustituidos por el mercado y los militares por los profesionales; en la novela por ingenieros y técnicos, que tienen por tarea la explotación de los recursos naturales.

Lo anterior muestra el maridaje, la cópula entre el discurso de la ciencia y el discurso del capitalismo (Lacan, 1992, p. 126), discurso este que al contrario del discurso del amo disuelve los lazos sociales, ya que la relación deja de ser al otro para privilegiar la relación a los objetos, es decir, que la relación queda reducida del sujeto al objeto de consumo, perdiendo fuerza el significante “amo” en el lugar del agente que se encarna en el líder que orienta un discurso. Esto modifica la concepción de las guerras, las cuales ya no se producen por ideologías políticas, por exaltación de ideales y valores en el lugar del agente del discurso encarnado en el líder, como se produjo a mediados del siglo XX, sino que “se trata de la lucha de un pueblo contra otro, no de una idea contra otra” (Steinbeck, 1942, p. 271),

En *Malestar en la cultura*, Freud (1930/1992) indica un cambio de discurso, con respecto al discurso del amo-padre de los grandes ideales, que denomina “miseria psicológica de la masa”, describiéndolo como:

Ese peligro amenaza sobre todo donde la ligazón social se establece principalmente por identificación recíproca entre los participantes, al par que individualidades conductoras no alcanzan la significación que les correspondería en la formación de masa. La actual situación de la cultura

de Estados Unidos proporcionaría una buena oportunidad para estudiar ese perjuicio cultural temido. Pero resisto a la tentación de emprender la crítica de la cultura de ese país; no quiero dar la impresión de que yo mismo querría servirme de métodos norteamericanos. (p. 112)

El discurso del capitalismo es hermano de la democracia en tanto que están en la base las libertades individuales y económicas, y el principio de igualdad, es decir, que borra las relaciones verticales y genera relaciones de horizontalidad, declinando la figura del amo como orientador de grupos humanos a través de grandes ideales.

En una conversación el médico le expresa al intendente las diferencias de la organización social de un discurso de amo al discurso del capitalismo: “Creen que porque ellos (refiriéndose a los militares invasores) no tengan sino un líder y una cabeza, los demás somos iguales. Saben que en su país se acabaría todo con cortar diez cabezas, pero nosotros somos libres y tenemos tantas cabezas como personas, y en caso de necesidad los líderes brotan como setas” (Steinbeck, 1942, p. 338).

En otro fragmento de la novela *Loft* le cuenta un suceso al coronel Lanser: “Cumpliendo órdenes tuyas, mi coronel, acababa de relevar al capitán Bentick; y cuando el capitán Bentick estaba a punto de marcharse he tenido una cuestión con un minero terco que quería dejar el trabajo y gritaba que él era un hombre libre. Le he ordenado que se pusiera a trabajar y se ha lanzado contra mí con un pico”. (Steinbeck, 1942, p. 128)

Más adelante en otro fragmento de la novela al personaje Alex, que se lanza con el pico al militar, se le realiza un juicio por asesinato, él dice: “— ¿Si lo siento? —preguntó Alex—. No; no lo siento. ¡Decirme a mí, a un hombre libre, a un hombre que ha sido concejal, que tenía que trabajar!” (Steinbeck, 1942, p. 177).

Ahora bien, los militares- ingenieros, a excepción del coronel Lanser fundamentalmente, también están atravesados por la noción de libertad e igualdad, es decir de individualidad, que los lleva a buscar identificaciones por fuera de la masa castrense, es decir, que la masa no logra capturar las identificaciones de cada uno de ellos o que no logran identificarse a la masa.

El diálogo entre el teniente Tonder y Molly, una mujer del pueblo a quien los militares habían ejecutado a su esposo, Alex, es revelador, muestra las identificaciones con otro que no hace parte de su institución, de la masa militar. El teniente Tonder dice:

—No tenga miedo, no tenga miedo.

Molly retrocedió seguida por el teniente Tonder.

— ¿Quién es usted? ¿Qué quiere? No puede entrar aquí. ¿Qué quiere usted?

El teniente Tonder, envuelto en su gran capote gris, se quitó el casco y habló en tono de súplica: —No tenga miedo. Permítame entrar.

— ¿Qué quiere usted? —le preguntó Molly cerrando la puerta.

—Señorita, lo único que quiero es conversar. Quiero oírla hablar. Eso es todo.

— ¿Y se impone usted a la fuerza?

—No, señorita; permítame estar un momento y me iré.

— ¿Qué es lo que quiere usted?

Tonder intentó explicar: — ¿No puede comprender? ¿No puede creerme?

¿No podemos olvidar la guerra por un momento, nada más que por un momento? ¿No podemos conversar un momento como personas?

Molly le miró mucho tiempo y en sus labios se dibujó una sonrisa: —No sabe usted quién soy, ¿verdad?

—La he visto en el pueblo. Sé que es usted encantadora. Sé que quiero conversar con usted.

Molly seguía sonriendo: —Usted no sabe quién soy.

Después se sentó y, mientras Tonder seguía de pie en la actitud de un niño torpón, añadió suavemente:

—Se siente usted muy solo, ¿verdad? Es tan sencillo como eso, ¿verdad?

Tonder se humedeció los labios y replicó con vehemencia: —Eso es. Ya me figuraba que lo comprendería usted. Sabía que tenía que comprenderlo. —

Las palabras le salían a borbotones—Me siento tan solo que la soledad me pone enfermo. Me siento solo, rodeado de silencio y de odio. —Y añadió en

tono de súplica—: ¿No podemos conversar un momento? (Steinbeck, 1942, pp. 241-244)

Este diálogo muestra el deseo del teniente Tonder por acercarse a una mujer encantadora, distinta a su grupo de identificación, revelando la necesidad de ser comprendido y de conversar, pues se siente solo y enfermo, pero además se siente rodeado de silencio y odio. Esto remite a dos cosas fundamentales, la primera, a la falla de las identificaciones que vive el teniente Tonder, una hipótesis sobre este punto ya la anunciaba Freud en *Psicología de las masas*:

Puede objetarse con justicia que esta concepción de la estructura libidinosa de los ejércitos se desentiende de las ideas de Patria, Gloria Nacional y otras, tan importantes para su cohesión. La respuesta sería que constituyen un caso diverso de ligazón de masas, ya no tan simple, y como lo muestran los ejemplos de grandes conductores militares — César, Wallenstein, Napoleón—, tales ideas no son indispensables para la pervivencia de un ejército. Más adelante nos referiremos brevemente a la posible sustitución del conductor por una idea rectora y a los vínculos entre ambos. El descuido de este factor libidinoso en el ejército, por más que no sea el único eficaz, parece constituir no solo un error teórico, sino un peligro práctico. El militarismo prusiano, tan «apsicológico» como la ciencia alemana, quizá debió sufrirlo en la Gran Guerra. En efecto, en las neurosis de guerra que desgarraban al ejército alemán pudo discernirse en buena parte unas protestas del individuo contra el papel que se le adjudicaba en el ejército; y de acuerdo con las comunicaciones de E. Simmel (1918), es lícito afirmar que el trato falto de amor que el hombre común recibía de sus superiores se contó entre los principales motivos de contracción de neurosis. De haberse apreciado mejor esta exigencia libidinal, es probable que las fantásticas promesas de los catorce puntos del presidente norteamericano no hubieran sido creídas tan fácilmente, y aquel grandioso instrumento no se les habría deshecho entre las manos a los artífices alemanes de la guerra. (1992, pp. 90-91)

La consistencia de los discursos logra hacer de pantalla al trauma, logra darle un sentido al sinsentido del trauma. Soler (1998) considera “que no hay ningún real, incluso lo más espantoso, que un discurso, un discurso consistente no sea capaz de suavizar, (*amadouer*), de acomodar” (p. 2). La autora, trae como ejemplo de la pieza de la literatura Enrique V de William Shakespearé, la arenga del rey Enrique que quiere conducir a sus soldados a una batalla que está seguro de perder porque la tropa inglesa que comandaba era una tropa pequeña, agotada por batallas previas y en inferioridad en cantidad de combatientes ante el numeroso, descansado y muy bien armado ejército francés. Es la famosa batalla de Agincourt en la que todos pensaban que irían a la muerte. Shakespeare (1951) escribe la siguiente arenga de Enrique V:

Esta historia la enseñará el buen hombre a su hijo,
y desde este día hasta el fin del mundo la fiesta de San Crispín y Crispiniano
nunca llegará sin que a ella vaya asociado nuestro recuerdo,

el recuerdo de nuestro pequeño ejército,
de nuestro feliz pequeño ejército,
de nuestro bando de hermanos; porque el que vierte hoy su sangre conmigo
será mi hermano; por muy vil que sea,
esta jornada ennoblecerá su condición,
y los caballeros que permanecen ahora en el lecho de Inglaterra se
considerarán como malditos por no haberse hallado aquí
y tendrán su nobleza en bajo precio cuando escuchen hablar a uno de los
que han combatido con nosotros el día de San Crispín. (p. 554)

Con esta ficción explica, cómo por la vía del verbo se logra negar la muerte y prometer un futuro eterno en la memoria de sus seres queridos, posibilitando al día siguiente, que la banda de hermanos de Enrique V aplastara al ejército francés. Dice Soler (1998) “entusiasmar a los hombres para morir. Y se ve como el rey logra transmitir no solamente el ánimo para superar la pulsión de vida, sino que logra transmitir lo que bien podemos llamar el *goce de morir*”. (p. 3)

El Rey Enrique V, como agente del discurso del amo, enarbola el ideal del honor y virilidad sobre todo los otros valores, produciéndose un fenómeno de masa en que los individuos se olvidan de los intereses individuales para entregarse a los del colectivo al que pertenecen. Este ejemplo muestra el poder de alienación del discurso de amo y contrasta con lo que avanzamos en el análisis de la situación del pequeño ejército invasor.

En nuestro caso, son las relaciones de igualdad y de las libertades individuales donde ya no hay amo orientador que colectiviza a partir de grandes ideales, en su lugar se tiene el discurso del capitalismo, que no prescribe un lazo social al otro. Más bien lo que existe es un Otro inconsistente, caracterizado por la falta de discurso que no logra hacer de “pantalla a lo real” (Soler, 1998, p. 2)

3. El intendente o la conciencia del hombre

El intendente *Orden* es un personaje central en la novela, hombre de carácter sereno, preocupado siempre por el “pueblo”, debe, por su cargo,

lidiar con los invasores que se van a vivir a su casa: el coronel Lanser y los militares de altos mandos.

El intendente *Orden* encarna de principio a fin de la novela la figura de un Sócrates, que frente a las preguntas y los cuestionamientos del coronel Lanser siempre responde con un “no sé”. El Coronel Lanser le pide al intendente que desde su lugar político en la comunidad coopere con el orden de su pueblo, que les dé la orden de trabajar en la mina y con eso evitar más muertes de sus coterráneos. Así se expresa el Coronel Lanser:

Tenemos técnicos, pero la gente del pueblo seguirá trabajando en la mina. ¿Está claro? No queremos ser duros.

— Está claro, pero suponga usted que la gente no quiera trabajar —replicó el intendente.

—Espero que querrán, pues tienen la obligación. Necesitamos carbón.

— ¿Y si no trabajan?

—Tienen que trabajar. Es gente de orden y no querrán tener disgustos. —Y, al ver que el intendente no decía nada, acabó por preguntarle—: ¿No es así, señor intendente?

El intendente retorció la cadena entre los dedos:

—No sé, coronel. Es gente de orden cuando les manda su propio gobierno. No sé cómo serán bajo su mando. Eso es terreno desconocido. Organizar nuestro gobierno nos ha costado cuatrocientos años... (Steinbeck, 1942, pp. 55-56)

“No sé” indica la posición de ignorancia, pero no cualquier tipo de ignorancia sino una ignorancia docta, no tanto en el sentido de ausencia de saber cómo se entiende comúnmente, sino en el sentido de estar advertido de lo que se supone que se sabe. Es decir, por un lado, la ignorancia como profusión de “conocimientos” en tanto que se cree saber, por el otro lado la ignorancia docta como aquella que reconoce que no hay acceso absoluto a la verdad.

¿Por qué la respuesta que se repite es un “no sé” de una figura que tiene por función poner “orden”? Este “no sé” va dirigido al deseo del otro, ¿Qué quiere el Otro? En la estructura militar la pregunta por el deseo del Otro se soslaya, porque en su lugar aparece la orden y el cumplimiento del deber

traducido en obediencia, pero como indica el intendente *Orden*, “organizar nuestro gobierno nos ha costado cuatrocientos años...” (Steinbeck, 1942, p. 56), organización opuesta a las organizaciones verticales, que sin decirse directamente en la novela es de carácter horizontal, es decir, organización democrática, que como se ha dicho anteriormente privilegia la concepción del sujeto libre e igual en derechos: “La democracia es un mecanismo formal sin otro contenido que el respeto mutuo debido entre las personas, la adhesión de principio a la idea de que, en cuanto humanos, todos somos iguales y libres” (Camps, 1999, p. 76).

Ahora bien, preguntarse por ¿qué quiere el Otro? en la organización política de hombres libres es realmente un verdadero enigma, en tanto que el principio de autonomía implicaría que el Otro es incalculable, no objetivable, impredecible, no es posible saber qué quiere el Otro por el margen de libertad que se le supone, tanto política como subjetivamente. Como bien lo expresa Lacan, los hombres “No somos en absoluto semejantes a planetas, cosa que podemos comprobar en todo momento; pero esto no nos impide olvidarlo. Permanentemente tendemos a razonar sobre los hombres como si se tratara de lunas, calculando sus masas y su gravitación” (1984, p. 353). Es decir, el sujeto de la democracia es concomitante con la idea del sujeto que habla y por hablar, por estar habitado por el lenguaje, no es localizable, en tanto que puede mentir. De allí que sean necesarios los pactos de buena fe o el abordaje de lo real por la vía de la matemática que produce saberes universales: se unifica por el significante Amo o por el saber universal de la ciencia. Esto hace posible la mutación de discurso de Amo al discurso del capitalismo en su cúpula con la ciencia.

El Coronel Lanser dice al intendente:

Usted seguirá siendo intendente, dando órdenes, imponiendo castigos y concediendo recompensas. De esa manera no crearán dificultades. [...] — replicó el intendente y, dirigiéndose al coronel, añadió—: Son mi gente y, sin embargo, no sé lo que harán. Quizás usted lo sepa. Quizá resulte algo muy distinto de lo que usted y yo sabemos. Hay pueblos que aceptan a jefes impuestos y los obedecen. (Steinbeck, 1942, p. 57)

El principio de libertad, de la democracia liberal, es contraria a la idea de imposición que está presente en el discurso del Amo, en el discurso

horizontal no se obedece al otro a secas, sino a quien hace de representante de una idea, que no es el sujeto propiamente dicho, sino que representa una idea que está más allá de sí mismo; es una idea que viene del Otro del discurso, una idea representativa.

El intendente afirma de sí mismo que “a mí me hizo el pueblo, y puede deshacerme” (Steinbeck, 1942, pp. 57-58), es decir, que el intendente es una figura de la democracia que tiene su propia función y el que ocupa ese lugar es solo un representante de esa figura y que así como fue elegido puede ser destituido si no cumple con la función de su cargo.

Una de las ideas fundamentales de la democracia liberal se soporta en la autonomía del individuo, en tanto este piensa por sí mismo y no por la orientación insensata de otro. La democracia entonces “coincidirá con el autogobierno, con eso que los filósofos han llamado “autonomía plena” esto es, una autonomía coherente con el fin racional de la convivencia y la gestión de la empresa humana” (Camps, 1999, p. 77).

Esta idea de libertad de pensamiento se toma como certeza, el intendente enuncia que: Mi pueblo no quiere que nadie piense por ellos —replicó el intendente con cierto orgullo—. Es posible que sea distinto del suyo. Estoy en una confusión, pero tengo la seguridad de que no quiere” (Steinbeck, 1942, p. 59). En otro diálogo el coronel Laser le pregunta al intendente “—¿Quiere el pueblo que haya orden? No sé. Quiere libertad”, responde el intendente *Orden* (Steinbeck, 1942, p. 150)

La única certeza que expresa el intendente en la novela es que el “pueblo no quiere que piensen por ellos” el pueblo “quiere libertad”, respuesta que manifiesta la pregunta ¿qué quiere el otro en la democracia?, pensar libremente, libertad de pensamiento: un yo pensante. El psicoanálisis, desde Freud y después con Lacan, muestra que el yo es una instancia ilusoria de autodomínio, que por el contrario se constituye en la alienación al otro, lo que pone en cuestión la autonomía del sujeto y la libertad de pensamiento, generando el poder débil de mala ventura del yo (Lacan. 1984^a, p. 644)

Sócrates figura representativa de la democracia ateniense, es reconocido entre otras muchas cosas, por el descubrimiento “del sujeto que reflexiona” (Sauvage, 1963, p. 124). Es decir, que el hombre sin pensamiento no es

un verdadero hombre, o como lo indica el mismo Sócrates en la *Apología* “una vida sin examen no tiene objeto vivirla para el hombre” (Platón, 1981, p. 180).

Sócrates es entonces el paradigma de la ignorancia docta, quien dialoga con los signos de sí para reflexionar sobre los supuestos dados como factum. Es decir, que la reflexión reemplaza “las conductas automáticas e implícitas amenazadas por un inevitable deterioro, pues está en la suerte de las tradiciones y de las costumbres el perderse; en la de las creencias, el ser destruidas; en la de las obediencias, el ser rebatidas un día u otro” (Sauvage, 1963, p. 125).

Así como Sócrates es condenado a beber cicuta, el intendente *Orden* es condenado al pelotón de fusilamiento. En la parte final de la novela, cuando el intendente va a enfrentar el fusilamiento por no colaborar con el ejército invasor, intenta recitar unas frases textuales de la apología de Sócrates, no sin dificultad y olvidos.

¿Y sabes en qué he pensado? —Y, sonriendo al recordar, añadió—: ¿Recuerdas que en la escuela nos leían la Apología? Sócrates dice: «Alguien preguntará: ¿No estás avergonzado, Sócrates, de vivir de una manera que es probable que te traiga una muerte prematura? Y yo podré replicarle con razón: te equivocas; el hombre digno no debe calcular las posibilidades de vivir o de morir; lo único que debe considerar es si obra bien o mal». [...]

—«Y a vosotros, que me habéis condenado a muerte, a vosotros, mis asesinos, os voy a hacer ahora una profecía, pues voy a morir y a la hora de la muerte el hombre goza del don de profetizar. Y os profetizo que inmediatamente después de mi muerte...». —«De mi partida» —le corrigió el médico, poniéndose de pie. El intendente le miró: — ¿Cómo? —La palabra es «partida», no «muerte». La misma equivocación cometiste entonces, hace cuarenta y seis años. —No; es muerte, es muerte — replicó el intendente; y al volverse y ver que el coronel le estaba mirando, le preguntó—: ¿No es «muerte»? —Es «partida». Es «inmediatamente después de mi partida» —le contestó Lanser. [...]

«Y os profetizo que inmediatamente después de mi... partida os espera con toda seguridad un castigo mucho mayor que el que me habéis impuesto a mí». [...] —«Me matáis porque queréis libraros del acusador y no dar cuenta de vuestras vidas...». [...]

—«Pero no sucederá lo que suponéis, sino todo lo contrario. Pues os digo que serán más los que os acusen — e hizo un ademán de orador— que aquellos a quienes hasta ahora he contenido; y como serán más jóvenes tendrán menos consideraciones con vosotros y os sentiréis más ofendidos». [...]

El intendente continuó: —«Si creéis que matando podéis evitar que os censuren vuestra maldad, estáis equivocados». —Y frunció el ceño, y pensó, y miró al techo, y sonrió turbado—: No recuerdo más. Se me ha borrado.

—Lo recuerda muy bien al cabo de cuarenta y seis años, y entonces no se lo sabía muy bien... —repuso el médico. (Steinbeck, 1942, pp. 343-352)

El intendente sabía que lo matarían a él como hombre, igual que ocurrió con Sócrates:

El intendente habló con orgullo: [...] No puedo elegir entre la vida y la muerte, coronel, pero puedo elegir cómo morir. Si les digo que no luchen, lo sentirán, pero lucharán. Si les digo que luchen, se alegrarán, y yo, que no soy un hombre muy valiente, les haré un poco más valientes. —Y añadió en tono de disculpa—: Es fácil decirlo, porque mi final ha de ser el mismo. (Steinbeck, 1942, pp. 356-357)

Pero el intendente sabía también que había algo que no se puede matar: las ideas, concepción de la democracia según la cual lo que perdura son los principios. Esto se evidencia muy bien cuando el texto prosigue “al intendente no se le puede detener. El intendente es una idea concebida por hombres libres, y eludirá la detención” (Steinbeck, 1942, p. 361). Más allá de la orientación por principios como supone la democracia, no se puede olvidar que la estructura del yo es una estructura de desconocimiento en relación con la causa del deseo.

Referencias

- Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*. . Barcelona, Lumen.
- Bilbeny, N. (1995). *El idiota moral: La banalidad del mal en el siglo XX*. Barcelona, Anagrama.
- Camps, V. (1999). *Paradojas del individualismo*. Barcelona, Crítica.

- Freud, S. (1930/1992). *El malestar en la cultura*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1992). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Lacan, J. (1972). El discurso psicoanalítico- Milan 12 de mayo de 1972. El discurso psicoanalítico- Milan 12 de mayo de 1972 (pág. 18). Milan: <http://es.scribd.com/doc/55454317/conferencia-de-lacan-en-milan-del-12-de-mayo-de-1972>.
- Lacan, J. (1984). *El seminario de J, Lacan. Libro 2 El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires, Paidós.
- Lacan, J. (1984a). *Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache. Escritos 2*. México, Siglo XXI.
- Lacan, J. (1992). *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis*. Barcelona, Paidós.
- Platón. (1981). *Diálogos I. Apología*. Madrid, Gredos.
- Sauvage, M. (1963). *Sócrates y la conciencia del hombre*. Madrid, Aguilar.
- Shakespeare, W. (1951). *Obras Completas*. Madrid, Aguilar.
- Soler, C. (15 de diciembre de 1998). El trauma. *Conferencia pronunciada en el Hospital Álvarez*, 1- 9. Buenos Aires.
- Soler, C. (2001). *El Padre Síntoma*. Medellín, Asociación Foro del Campo Lacaniano.
- Steinbeck, J. (1942). www.lectulandia.com. Obtenido de <https://www.lectulandia.com/book/la-luna-se-ha-puesto/>